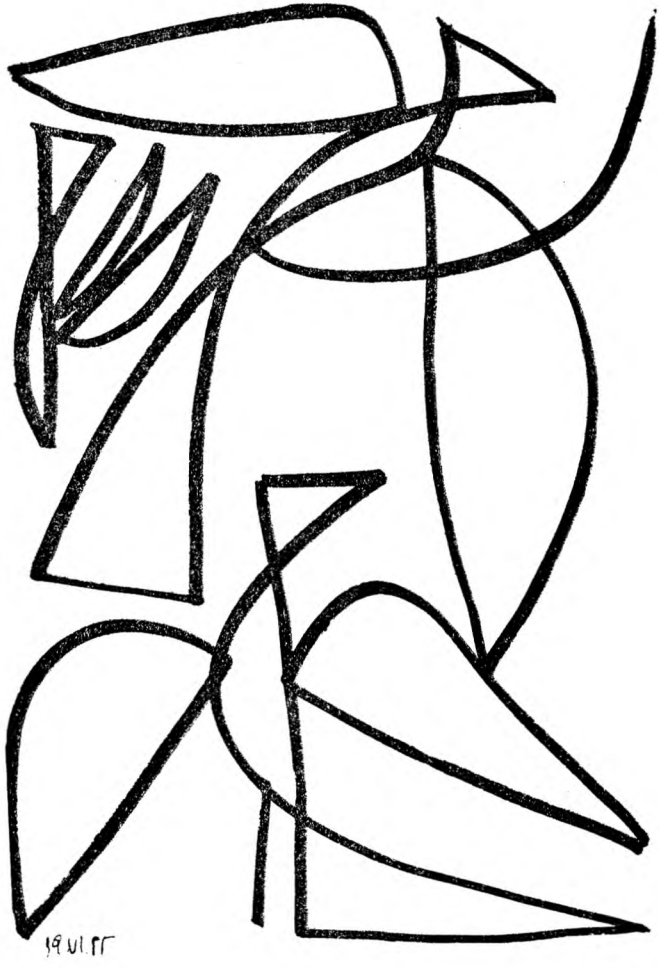

BRUJULA DE ACTUALIDAD

EL MES DIPLOMATICO: NEGOCIO DE ILUSOS

En los primeros días del mes de mayo se alzó en Alemania la voz de un anciano que el mundo respeta y admira. Fué con motivo de la primera visita que Sir Winston Churchill hacía a un país que, si algo le debe, es la derrota. El líder británico había ido a Alemania para recibir, en la ciudad imperial de Aquisgrán, el homenaje que se rendía a su "espíritu europeo". Contestando a los discursos de elogio y adulación que con tal motivo se pronunciaron, Sir Winston pronunció, a su vez, unas palabras, del más bello estilo churchiliano, que tenían una significación política profunda. Y es que, en él, la pasión por la oratoria no es un mero amor al arte por el arte. Dueño y señor de los resortes del lenguaje, él siempre habla para decir algo. Y, a pesar de no ocupar ya ninguna posición oficial, sus posturas políticas siguen teniendo todavía un gran peso, debido a que él continúa dominando, con su alta talla, el panorama nacional inglés.

Y lo que vino a dar importancia al discurso de Sir Winston fué su "nuevo" modo de abordar la solución del problema de las relaciones con la U. R. S. S. Y al decir "nuevo", no damos a la palabra un sentido estrictamente literal. Porque la fórmula preconizada por el *elder Statesman* británico ya había sido propuesta, mucho antes, por el dúo Jrushchov-Bulganin. También éstos pedían que se admitiera a la U. R. S. S. dentro de las alianzas de los países occidentales. Lo sorprendente de las palabras de Sir Winston fué el haber vuelto a proponer, por su cuenta y razón, un plan que los occidentales habían rechazado con horror en las conferencias anteriores.

A primera vista, esta sugerencia parece totalmente absurda. La admisión del enemigo dentro de la propia alianza equivale a la muerte de ésta. La N. A. T. O. no tiene sentido sino en cuanto que se opone a la U. R. S. S. Suprimida esta finalidad, que, además, no pasa de ser negativa, no tiene la menor razón de ser. La inclusión de Rusia dentro del sistema de la Organización Atlántica equivaldría, pues, a la disolución de ésta. Pero lo que más sorprende en el "plan Churchill" es la alusión de éste a la posibilidad de llevar a cabo este revolucionario cambio político aún antes que se vieran logradas las condiciones mínimas de seguridad para el mundo occidental. Tal es lo que se deduce de sus palabras cuando afirma que este gesto facilitaría la reunificación de Alemania. Lo cual supondría dejar desmantelada la alianza occidental, sin que los rusos dejaran, en ningún momento, de seguir manteniendo su posi-

ción dominante sobre el Elba. Esto no significa ya ser víctima del caballo de Troya, sino invitarlo adrede a que avance entre nuestras murallas.

Ya sólo el contrasentido que implica esta propuesta ha escandalizado a no pocos observadores, tanto más cuanto que nadie puede acusar de necio a Sir Winston. Si es cierto que el político inglés ha sido más de una vez víctima de su desbordada fantasía, también es verdad que en ningún momento ha dejado de defender los intereses ingleses. Si a veces ha sacrificado a otras naciones, incluso a naciones aliadas, siempre actuó como paladín acérrimo de la corona británica y defensor de su integridad. Por esta razón, creemos que sería un gran error interpretar el nuevo "plan Churchill" en el sentido que le presta su apariencia exterior. Nos parece evidente que sus palabras, tan sencillas y directas, encierran un sentido más profundo, y que detrás del plan de Londres—porque no hay duda de que se trata de un plan londinense—se esconde una idea de carácter general, que habrá de estudiarse más adelante.

Hoy, la política exterior de las potencias anglosajonas está a menudo influída por consideraciones de orden interno. Cosa detestable es ésta; pero también es, desgraciadamente, el precio a que han de pagar su sistema político, el cual, en compensación, ofrece otras ventajas. Ahora bien: Norteamérica se encuentra actualmente en plena campaña electoral. A su vez, Inglaterra está atravesando una crisis política. Desde las elecciones, el Gobierno de Eden ha perdido mucho de su antigua popularidad, como lo ha demostrado, bien a las claras, el resultado de las últimas elecciones municipales. Viene a agravar este mal el aflojamiento de la disciplina en las filas de los diputados conservadores, sobre los cuales Eden no tiene ya la autoridad e influencia que tenía hace sólo unos meses. Va ganando terreno el malestar provocado por su política imperial y su modo de abordar los problemas internacionales. Por todo esto se comprende que ni Wáshington ni Londres deseen en estos momentos que se creen nuevos problemas. Lo que desean es la calma y, cuando menos, una apariencia de paz y de tregua que les permitan restablecer su situación interior. Por eso, cuando en estos países se proponen planes políticos—por lo menos los de largo plazo—, no se hace con el propósito expreso de que lleguen a realizarse totalmente, sino más bien para ir creando una atmósfera favorable dentro del ámbito nacional.

Pero por encima de estas consideraciones de orden inmediato existe también una idea política de alcance mundial, una nueva especulación, que está ganando terreno, especialmente en Londres.

En los círculos de la capital inglesa existe una creciente esperanza de que se produzca un conflicto entre Moscú y Peiping. Creen ver cierta tensión entre estas dos capitales, y, por eso, se comprende que los que entrevén la eventualidad de un serio conflicto, hagan cuanto esté en su poder para ahondar el cisma entre las dos grandes potencias comunistas. De este modo se hace lógica la invitación hecha a Moscú. Al incorporar al Kremlin a una alianza de naciones europeas y americanas se pretende crear una discordia entre los comunistas, un conflicto Europa-Asia, que hasta ahora no había hecho, apenas, más que servir a la causa revolucionaria. Así, pues, se trata nada menos que de un intento de vencer a los comunistas con las armas que ellos mismos habían forjado.

* * *

Si ésta es la idea que sirvió de base a la sorprendente proposición de Churchill—cosa que nos parece lógica—, nos importará mucho estudiar las premisas mismas que constituyen su punto de arranque. Si la especulación sobre un conflicto entre Peiping y Moscú ha de ser la base de una política, a nosotros nos toca indagar si esta política está o no justificada.

Comenzaremos por reconocer que hay señales evidentes de que existe cierta irritación entre Peiping y Moscú. Mao Tse-Tung ha seguido con paso tardo, como a remolque, la consigna de desestalinización. En toda la política asiática del Bloque Comunista se nota claramente una cierta vacilación. En aquellos puntos en que se tocan la influencia rusa y la china—en la zona de las Indias, por ejemplo—, la línea divisoria entre las dos no aparece ya tan clara y definida como en tiempos pasados. Sin pretender exagerar la importancia de estos fenómenos, casi podríamos afirmar que, de un lado, existe una facción partidaria de Moscú, y, de otro, una facción partidaria de Peiping. Y si bien no hay discrepancia alguna entre las dos en cuanto al programa ideológico, sí la hay, y bien clara, en cuanto al criterio táctico. El Congreso del partido comunista indio, celebrado en Palghar a finales de abril, nos ha suministrado a este respecto algunos indicios bastante interesantes.

Pero, por otra parte, los contactos entre Moscú y Peiping siguen siendo tan frecuentes y cordiales como lo eran antes. Y, dentro de la esfera económica, continúa la interpenetración de los dos Imperios. Recordemos que, muy recientemente, los dos países decidieron aumentar en más de un 30 por 100 sus intercambios comer-

ciales. Además, en los planes de desarrollo económico del Tibet y de la provincia de Sinkiang, se está intensificando la colaboración íntima entre los dos grandes Estados.

Vemos, pues, que aquí existen indicios contradictorios. Por eso creemos que sería por lo menos imprudente basar una especulación de política de gran alcance sobre unos cimientos tan débiles. Por otra parte, llegaremos a esta misma conclusión si nos fijamos en la marcha de las grandes tendencias políticas.

Es indudable que la actual integración de dos grandes potencias mundiales dentro del Bloque Soviético hace las operaciones de éste más difíciles. En los tiempos en que el Kremlin podía dictar órdenes a débiles satélites, era relativamente fácil adoptar decisiones. Un solo hombre, sentado en el Kremlin, dictaba toda la política a seguir. Hoy, en cambio, casi pudiéramos decir que la política exterior del Bloque Soviético está bajo una dirección colectiva. La fuerza de Moscú no es muy superior a la de Peiping. Además, tienen forzosamente que darse intereses encontrados, como en Occidente ocurre entre Londres y Wáshington. Se verán obligados a conciliar puntos de vista divergentes, lo cual exige paciencia y negociaciones. Pero esto crea, al mismo tiempo, cierta ficción. De aquí resulta, al menos en principio, la posibilidad de que llegue a producirse un verdadero conflicto entre Peiping y Moscú.

Y, a propósito de esto, solemos olvidar, con demasiada facilidad, un hecho tan importante como incontrovertible. En nuestro mundo occidental se habla a veces de una amenaza china contra Siberia: en un lenguaje de bellas imágenes y estilo poético se nos quiere hacer ver la creciente presión que ejercen centenares de millones de asiáticos, ansiosos de extenderse por una Siberia apenas poblada y dominada por una potencia colonialista europea. Demasiado hermoso para ser verdad, a nuestro juicio; un estudio detenido de la historia china nos enseñará que semejante eventualidad nada tiene de probable, ya que China vuelve, tradicionalmente, su rostro hacia el Sur.

Los pueblos están sometidos a la influencia de grandes corrientes: no es sólo el mar el que tiene su *Gulf-Stream*. Las naciones se mueven en direcciones geográficas que no es difícil descubrir. Así, los pueblos árabes tienen, tradicionalmente, la tendencia a una expansión hacia el Norte. En cambio, los chinos tienen su centro de gravitación hacia el Sur. Hoy, lo mismo que ayer, el régimen chino, a pesar de estar bajo un Gobierno tan ferozmente autoritario como el de Mao Tse-Tung, tiene que hacer frente a las mismas dificultades con que, antes que él, habían tropezado las grandes dinas-

tías. Los funcionarios y técnicos chinos se niegan a dejarse trasladar a las provincias del Norte. Y en esta decisión apenas hacen mella promesas ni amenazas.

Y esto es lógico, pues si, por una parte, la Siberia oriental es pobre, especialmente en productos agrícolas, por otra el potencial económico del sureste de Asia resulta muy tentador para las masas hambrientas de China, las cuales encuentran allí medios de subsistencia con mucha mayor facilidad. Además, aquella región está, en proporción, tan vacía de pobladores como lo está Siberia en el Norte: Vietnam, Laos, Camboya, Siam, Birmania y la mayor parte de las islas indonésicas tienen una población muy escasa, dado su territorio y su capacidad de absorción. La conquista de esta zona daría a las masas chinas un territorio de colonización y un medio de vida durante siglos. No es extraño, pues, que la atracción que sobre ellos ejerce sea infinitamente superior a la que puedan tener los desiertos de nieve y los bosques del Norte.

De estos hechos se infiere que, aun cuando existan puntos de fricción, dista mucho de ser inevitable ese posible conflicto entre Peiping y Moscú. Lo creemos sencillamente posible, pero todavía no probable. Bien pudiera ocurrir que el Occidente encontrará ahí la gran baza. Pero basar una política en una esperanza tan remota nos parece, por lo menos, arriesgado.

* * *

Y si los argumentos que parecen ser el móvil de la política preconizada por Londres son, como vemos, de una validez muy dudosa, por otra parte la tentativa de separar entre sí a las grandes potencias comunistas mediante la novedad de una amistad con la U. R. S. S., encierra para el Occidente peligros a los que sería fatal cerrar los ojos.

En primer lugar, existe en los países llamados satélites una opinión pública, que es preciso no olvidar. Estos Estados europeos no han aceptado el comunismo por su libre voluntad: éste les ha sido impuesto por los acuerdos de Yalta, en los que ellos no han tenido parte ni voz. Fueron las grandes potencias occidentales las que entregaron al poder de Stalin a 120 millones de europeos.

Estos países continúan luchando, a pesar de todo, por reconquistar su independencia. Luego, la rectificación política llevada a cabo por las potencias occidentales vino a infundirles una nueva esperanza. En este aspecto hay que destacar, sobre todo, la con-

signa "política de liberación" dada por Foster Dulles, la cual ha tenido una hondísima repercusión detrás del telón de acero.

También hay que recordar que este recrudecimiento de la rebeldía contra los rusos ha sido una de las grandes causas que obligaron al Kremlin a cambiar algunos de sus planes tácticos. Si Moscú no se ha atrevido a lanzarse a la empresa de conquistar el resto de Europa, ha sido principalmente por las enormes dificultades con que tropezó en su intento de absorber a los europeos del Este.

A pesar de su arrojo y valentía, estas naciones necesitan una ayuda moral que les dé alientos. Después de todo, ellas luchan por su propia liberación y no por mantener al mundo libre en su actual opulencia material. Ya sólo aquella actitud pasiva de los occidentales frente al heroico levantamiento de los obreros, que tuvo lugar en Alemania oriental el 17 de junio de 1953, constituyó un golpe durísimo para aquellos pueblos: el hecho de que se hubieran limitado a aplaudir sin hacer siquiera el ademán de dar un paso al frente, había sido una desilusión cruel. A esto vino luego a añadirse la coexistencia pacífica y el espíritu de Ginebra, gestos que los pueblos de la Europa oriental consideran como actos de deserción. El espectáculo que ofrecieron los dirigentes occidentales riéndose, bebiendo copas y más copas de champaña y hartándose de caviar mano a mano con los verdugos de los pueblos cristianos del Este, tenía forzosamente que escandalizar a las conciencias más obtusas. Por su parte, los amos comunistas tuvieron buen cuidado de llamar la atención de sus víctimas sobre esta traición perpetrada por el mundo libre.

Si ahora llegara a producirse un nuevo gesto como el que propone Sir Winston Churchill, es casi seguro que infiriría un golpe mortal al espíritu de resistencia de los pueblos del este de Europa. Tal gesto sería la muerte de la última esperanza; al mismo tiempo, haría desaparecer las inmensas dificultades con que tropezaba el Bloque Soviético y aniquilaría todo lo que para la seguridad de Occidente ha significado esta lucha subterránea de 120 millones de seres humanos. Ya no habría modo de remediar esta situación si un día llegara a cambiar la coyuntura internacional.

En segundo lugar, es seguro que se producirían también cambios en el mundo occidental. Una gran parte de la relativa seguridad interior de que disfrutan las democracias occidentales se debe a que, en todos estos países, los partidos comunistas han sido recluídos dentro de un *ghetto* moral. Aislados del resto de los ciudadanos, apenas les quedaba ya la posibilidad de hacer prosélitos o de engañar a incautos. De ahí el estancamiento en que actualmente

se encuentra. Y de ahí también el que hayan adquirido tan mala reputación como "partido importado del extranjero".

Pero si, de pronto, se admitiera a la U. R. S. S. en el seno de las alianzas occidentales, automáticamente se producirían cambios en el orden interno. Desde que comenzó a ponerse en práctica la coexistencia activa, han vuelto a asomar la cabeza las viejas ideas de los Frentes Populares. Si esta coexistencia activa diera un paso más hacia adelante, desbordando la fase actual, ya no habría medio de impedir la formación de Frentes Populares en puntos tan críticos como Francia o Italia. Fácil es prever las consecuencias políticas que este fenómeno acarrearía si llegara a producirse.

Finalmente, es más que probable que esta violenta alteración de las alianzas occidentales conduciría al desarme unilateral y efectivo de los países democráticos. Si algunos Gobiernos han aceptado, sólo para defenderse, los durísimos sacrificios que impone un Ejército en pie de guerra, lo han hecho por temor a Rusia. Si este temor llegara un día a disiparse—al menos "sobre el papel"—, los pueblos occidentales, enervados por una prosperidad sin precedentes, exigirían el desmantelamiento de sus instalaciones y defensas militares. Por su parte, Rusia fomentaría este estado de espíritu mediante gestos puramente simbólicos, como el que ha hecho Jrushchov el 14 de mayo; pero lo que ocurriría en realidad sería que el Ejército Rojo, casta dirigente de la U. R. S. S., retendría en sus manos la esencia misma de su fuerza, la cual iría aumentando en la misma proporción en que los occidentales fueran reduciendo las fuerzas de la guardia que tenían montada para su defensa.

* * *

Así, pues, la idea de la inclusión de Rusia en las alianzas occidentales presenta inconvenientes de orden muy práctico y real. Creemos que éstos no están, en modo alguno, compensados por las ventajas sobre las que se especula. Se abandonarían posiciones reales y tangibles a cambio de bellas perspectivas para el futuro, sobre las que ni siquiera hay seguridad. Y esto se llevaría a cabo precisamente en un momento en que una política más realista, más a ras de tierra, hubiera podido dar espléndidos resultados.

Porque es muy probable que hoy estemos en presencia de una crisis real detrás del telón de acero. Esta crisis está ciertamente dentro de lógica de los hechos. Todo régimen pasa por estas crisis, como todo hombre pasa por sus fases de enfermedad. Esta crisis,

naturalmente, es mucho más grave para la vida de un Estado totalitario que para la de una comunidad basada en el derecho natural. Además, por esta misma razón, la desestalinización y las sucesivas caídas de numerosos jerifaltes comunistas son fenómenos del más alto interés para nosotros. Rusia está pasando por un momento de debilidad; pero no es un momento mortal, de suyo.

La gravedad de una crisis como ésta depende lo que, frente a ella, hagan los adversarios. Sabemos muy bien que, si el mundo libre se encontrara en un aprieto semejante, el Kremlin no vacilaría un instante en aprovechar su ventaja sin tomar aliento. Todo boxeador sabe que cuando el adversario comienza a flaquear, hay que emplearse a fondo apresurando el resultado de la lucha. Sólo así se consigue la victoria.

Pues bien: lo que en estos momento se propone con la nueva fórmula es dar al adversario que está flaqueando el respiro que él necesita. A cambio de una quimera, se quieren abandonar ventajas muy reales y dar al Kremlin una oportunidad no sólo para reponerse, sino incluso para sacar provecho de su actual crisis y aumentar su futuro poderío. Abandonar la política de liberación en el momento en que ésta comienza a dar sus frutos, es, por tanto, realizar un auténtico negocio de ilusos, víctimas de una trampa. Es evidente que los dirigentes del Kremlin no harían lo mismo si se vieran en nuestro caso. Esperemos que, antes que sea demasiado tarde, el mundo occidental se decidirá a escuchar la voz del más grande de los estadistas europeos: el canciller Adenauer. Porque si hay un hombre que, a lo largo de los años, ha sabido conservar su sano juicio, ese hombre es Adenauer. Cuando el mundo entero está vibrando con el eco de los gritos de coexistencia, el jefe de la nueva Alemania hace oír la voz de la razón. En este aspecto, el viaje de Adenauer a Wáshington tendrá una importancia decisiva.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRÍA

LA TRANSFORMACION SOCIAL DEL CONQUISTADOR

Un libro más acerca de la conquista de América (1). Un libro breve, sin excesivas pretensiones, ayuno de aparato bibliográfico,

(1) *La transformación social del conquistador*, por José Durand. México, 1953; 90 págs. (Colección "México y lo mexicano".)

pero apoyado en excelentes referencias y citas y con un contenido hondamente sugestivo. Claro, expresivo e interesante, al hilo de su lectura nacen inevitables algunas preguntas: ¿Por qué no se han escrito entre nosotros obras como ésta? ¿No habrán estado nuestros americanistas demasiado apegados a la letra de la Historia en menoscabo del espíritu y del fruto? Bien están las horas indagadoras de archivo, el repaso minucioso de legajos, la comparación detenida de fuentes, pero sin olvidarnos de que esto no es todo. Que el papel del historiador es más hondo, más arduo que la simple acumulación de datos y noticias. Como señala Zubiri, "la Historia ha de tratar de instalar nuestra mente en la situación de los hombres de la época que estudia", y, por tanto, al historiador corresponde "repetir mentalmente la experiencia de aquella época".

¿Cómo fué la primera sociedad española en Indias? Esta es la pregunta que pretende contestar el autor del libro que comentamos, el cual se inicia con la condenación de ese prejuicio—aún no del todo extirpado—, según el cual los conquistadores no pasaban de ser "secta de malvados, hampa internacional, bestias sedientas de oro".

Frente a este prejuicio es preciso plantearse el hecho de la conquista "desde dentro", contemplándola a través de los ideales del propio conquistador e inquirir cuáles fueron sus reacciones ante el inédito espectáculo humano, geográfico, general que le deparaban las nuevas tierras por su esfuerzo descubiertas para la mirada occidental.

¿En qué medida y con qué ritmo se fué produciendo la incorporación del español al medio americano? Las distintas investigaciones parecen convenir en la afirmación enunciada por Ortega en Buenos Aires en el año 1928: "No es preciso aguardar a la primera generación nacida ya en el nuevo espacio, sino que el mismo colonizador, si permanece unos años tierra adentro, sin frecuente contacto con nuevas promociones de emigrantes, comienza a los cinco o seis años a ser un ente distinto del que era." Se siente pronto arraigado en el nuevo marco, ganado las más de las veces con sudores y esfuerzos heroicos, y no es infrecuente se pronuncie hostilmente frente al español que, pasados los años difíciles de población y colonización, pretende asentarse.

De ahí la tensión percibida en seguida entre los primeros conquistadores o pobladores y los después llegados, los despreciativamente llamados "chapetones" o "gachupines". Los criollos se sentían "otra cosa", dice Durand; algo muy distinto del gachupín en carácter, maneras, ambiciones y costumbres. Uno de los textos

más expresivos y que no creo haya sido suficientemente comentado es aquel del doctor Juan de Cárdenas que, en su obra *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*, publicada en Méjico en 1591, escribía: "Para dar muestra y testimonio cierto de que todos los nacidos en Indias sean a una mano de agudo, trascendido y delicado ingenio quiero que comparemos a uno de los de acá con otro recién venido de España, y sea ésta la manera: que el nacido en las Indias no sea criado en alguna de estas grandes y famosas ciudades de las Indias, sino en una pobre y bárbara aldea de indios, sólo en compañía de cuatro labradores, y sea asimismo el cachupín o recién venido de España criado en aldea, y júntense estos que tengan plática y conversación el uno con el otro: oiremos al español nacido en las Indias hablar tan pulido, cortesano y curioso, y con tantos preámbulos, delicadeza y estilo retórico, no enseñado ni artificial, sino natural, que parece ha sido criado toda su vida en corte y en compañía de gente muy hablada y discreta; al contrario, verán al chapetón, como no se haya criado entre gente ciudadana, que no hay palo con corteza que más bronco y torpe sea." Líneas después, el doctor Cárdenas cuenta en apoyo de su afirmación esta deliciosa anécdota: "Acuérdome una vez que haciéndome ofertas cierto hidalgo mejicano, para decirme que en cierta forma temía poco la muerte, teniéndome a mí por su médico, sacó la razón por este estilo: Devanen las Parcas el hilo de mi vida como más gusto les diere, que cuando ellas quieran cortarle, tengo yo a vuestra merced de mi mano, que le sabrá bien anudar."

Esta prontitud en incorporarse al nuevo medio, en "transformarse", era causa y consecuencia—a la vez—de la rapidez con que se llevó a cabo el descubrimiento, población y, en su caso, conquista de América. Aquella empresa fué una hazaña de hombres jóvenes y esforzados, a los que animaban en su descomunal empeño altos y distintos ideales. Los capítulos del libro comentado contienen en sus títulos el catálogo de estos ideales: Ir a valer más; El ansia de oro; El afán de honra; La ambición de nobleza.

Ideales asentados en hombres de carne y hueso, con ánimo de aventura a la vez que con hondísima humanidad. Y con amor a la patria que quedaba tras el océano, a la tierra a la que se escapaban nostalgias y suspiros en los momentos de cansancio y melancolía: "¡Así Dios me lleve a Castilla!", exclamaban los añorantes, según testimonios de Motolinia y Las Casas.

Y amor a las cosas, a los animales, a los juegos que recordaban la vida anterior. Por ejemplo, aquella página ternísima del inca Garcilaso: "No por necesidad, que no la había, sino porque reme-

dasen en todo a los de España; y era esta ansia y sus semejantes tan ansiosa en aquellos principios, que con no haber para qué, no más de por bien parecer, trujo un español desde el Cuzco hasta los reyes [un cachorrillo mastín], llevándolo metido en una alforja que traía colgada en el arzón delantero; y a cada jornada tenía nuevo trabajo, buscando leche que comiese el perrillo." Y concluye el inca: "Estos trabajos y otros mayores costaron a los principios las cosas de España a los españoles."

¿Quién duda que sólo por altos ideales podía superarse la nostalgia, el cansancio, las dificultades sin cuento, el hambre, las enfermedades, la incertidumbre? La empresa era desproporcionada a las fuerzas humanas. Causa verdadero pasmo pensar que aquellos puñados de hombres se atreviesen a enfrentarse con adversarios muy superiores en número, fundasen y organizasen pueblos y ciudades, recorriesen miles de kilómetros. ¡Qué bellas las palabras de Bernal Díaz del Castillo frente a tanto juicio empequeñecedor!: "Por servir a Dios, a Su Majestad, y dar luz a los que estaban en tinieblas, y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente buscamos." O aquellas otras que nos transmite el cronista López de Gomara: "La causa principal a que venimos a estas partes es por ensalzar y predicar la fe de Cristo, aunque juntamente con ella se nos sigue honra y provecho, que pocas veces caben en un saco."

Parece innecesario insistir en que los distintos motivos fueron entremezclados y confundidos. Los dos testimonios citados lo dicen bien a las claras. Por eso mismo faltan a la verdad los que afirman la primacía del ansia de oro como estímulo para la empresa indiana. Causante principal de esta y de otras deformaciones fué el padre Las Casas: "Ninguno acá pasaba—escribe—sino, para cogiendo oro, desechar su pobreza, de que en España en todos los estados abundaba." Esta idea se haría tópico con el que Europa entera pretendería poner sombras en la acción española en el Nuevo Mundo. Con sutil agudeza ha comentado Ortega: "Quien conozca los secretos del alma española dudará siempre y a límite de la interpretación que se dió en Europa a las hazañas de nuestros conquistadores. Sajones y franceses titularon aquella formidable y loca empresa "la sed de oro". Yo sospecho que la verdad es más bien inversa. Porque el europeo de entonces—comienzo de la era capitalista—sentía una fabulosa sed de oro, según luego se ha demostrado; no podía imaginar que aquellos españoles cumpliesen sus hazañas por otros motivos."

No era fácil—en cambio—para el europeo de la época comprender el sentido religioso y misional que presidía las más de las

actuaciones de los conquistadores y pobladores. Los excesos y los errores indudables de muchos engendraron—en ocasiones—penitencias prontas y enmiendas sinceras. (Un ejemplo, y bueno, el propio padre Las Casas.)

Cuando se habla de la codicia parece olvidarse que correspondía a la iniciativa privada el sostenimiento y financiación de las empresas de conquista y población. Durand recuerda que todos los grandes caudillos aventuraron su hacienda en tan rigurosas campañas, y muchos la perdieron, como Pánfilo de Narváez en la Florida, o como Hernando de Soto en el mismo lugar y junto con la vida.

Mucho más que la sed de oro importaba el afán de honra. Colón había dicho en Sevilla, a los que pretendían embarcarse con él, que eran muchas las penalidades que les aguardaban. "A lo cual todos respondían—escribe—que a eso venían, y por ganar honra en ello." Y Hernán Cortés, en una de sus cartas al emperador, le dice: "Oí decir en una choza de ciertos compañeros, estando donde ellos no me veían, que si yo era loco y me metía donde nunca podría salir. Y muchas veces fuí de esto requerido, y yo les animaba diciéndoles que eran vasallos de Vuestra Majestad, y que jamás en los españoles en ninguna parte hubo falta, y que estábamos en disposición de ganar para Vuestra Majestad los mayores reinos y señoríos que había en el mundo. Y por ello en el otro mundo ganábamos la gloria y en éste conseguíamos el mayor prez y honra que hasta nuestros tiempos ninguna generación ganó."

Y con la fe predicada y extendida, con la honra deseada, con el oro apetecido también servía de espolique la ambición de nobleza. Un buen modo de ganar nobleza era el de las armas, el de la acción guerrera. Y aquellos segundones que pasaban a las Indias ardían en deseos de alcanzar títulos merced al esfuerzo triunfante de su campaña. Igual pretendían el ignorado labrador o el humilde criado. Así lo consiguió un bastardo y analfabeto, pero valiente soldado y singular hombre que llegó a marqués: Francisco Pizarro. Como bien escribía Bernal Díaz, si grandes fueron los hechos que dieron blasones y palacios a los caballeros medievales, "nuestras hazañas no son menores que las que ellos hicieron."

Muchas más anotaciones y comentarios sugiere este breve y apretado libro. Algunas de las observaciones habrían de dedicarse a puntualizar tal o cual juicio apresurado y despectivo que se le ha escapado al autor. Quizá no ha valorado suficientemente el sentido religioso que animó y confortó a conquistadores y misioneros y fué proyectado a la sociedad naciente. Pero, en conjunto, el libro cum-

ple muy honestamente con el propósito que lo inspiró. Su lectura contribuye a un más cabal conocimiento de uno de los aspectos más sugestivos y, a la par, necesitado de esclarecimiento y de análisis de aquel gigantesco suceso que fué el descubrimiento y la colonización de América.

ANTONIO LAGO CARBALLO

COLOQUIOS SOBRE CULTURA NORTEAMERICANA

Organizados por John T. Reid, agregado cultural de la Embajada de Estados Unidos en España, a finales de abril se celebraron en Santiago de Compostela unos "Coloquios íntimos de estudios norteamericanos", con asistencia de una veintena de escritores y científicos españoles y norteamericanos.

El temario de la reunión incluía cuatro puntos: poesía norteamericana, teatro norteamericano, perspectivas para el uso pacífico de la energía nuclear y problemas de política exterior norteamericana. Mistress Leonie Adams, Vicente Ventura, el profesor Miguel Masriera y Manuel Fraga Iribarne fueron ponentes en los respectivos temas, y la experiencia de plantear el debate entre especialistas y profanos (pues todos éramos lo uno y lo otro, según el tema discutido) produjo resultados estimables.

Por de pronto, los especialistas se esforzaron en ser claros, informativos y precisos, resumiendo con la posible brevedad el estado actual de los asuntos expuestos y señalando los puntos polémicos más interesantes. Mistress Adams, poetisa distinguida, pronunció una conferencia sobre la situación actual de la poesía en Estados Unidos, y seguidamente discutimos si puede hablarse de un acento norteamericano en la poesía, cuál es la relación o conflicto entre lo nacional y lo universal y cuáles las direcciones más importantes de la lírica en aquel país. Como complemento, el recitador Manuel Montoro dijo algunos poemas de líricos norteamericanos y españoles.

En cuanto al teatro, la exposición de Ventura sirvió de punto de partida para una breve discusión, centrada en parte sobre los dramas de O'Neill. Fraga Iribarne animó el debate al preguntar si el teatro no estaba siendo sustituído por el cine; si no se había convertido en cine. Yo me permití hacer algunas aclaraciones a la cuestión. Reducidas a escueta enumeración, las recordaré aquí,

pues no por obvias parecen menos olvidadas: 1. El teatro fotografiado no es el cine. 2. El cine subordina el texto al resto; el teatro, no. 3. En el cine, el gesto es más importante que la palabra; en el teatro sucede lo contrario. 4. En el cine, el actor no actúa como tal; se limita a vivir. 5. Una cosa es la acción dramática, propia del teatro, y otra el movimiento cinematográfico. (Sin contar el aspecto industrial del cine, problema aparte.)

Al margen de las discusiones, John T. Reid informó de las interesantes experiencias teatrales realizadas en Universidades y centros de provincias, donde, como reacción a la escena comercializada de Broadway, tuvieron acogida en el pasado las obras de los dramaturgos renovadores, que más tarde se impusieron al público.

Fraga Iribarne presentó en forma sistemática y clara su estudio sobre política exterior norteamericana, dividiéndolo en tres partes: *a)* Los Estados Unidos en busca de una política exterior. *b)* Los problemas internos de esa política. *c)* Los problemas de la política exterior propiamente dichos. Los últimos los subdividió en políticos, estratégicos, económicos y psicológicos, incluyendo entre estos últimos la organización del asentimiento, ya que no puede contarse con las naciones, organizadas en democracia internacional, sin convencerlas previamente del espíritu de justicia y la buena fe con que se actúa.

William L. Schurz, prestigioso economista norteamericano, especializado en cuestiones de agricultura, intervino en el coloquio para recordar que no podía entenderse la política de su país sin entender los ideales y el modo de pensar de sus conciudadanos. Los norteamericanos—dijo—quieren vivir y dejar vivir. Una de sus características es el oportunismo. Son, a la vez y sin conflicto, del modo más natural, idealistas y realistas. Es preciso captar bien que esto es el resultado de una integración y no de una contradicción.

El profesor Miguel Masriera expuso las perspectivas para el uso pacífico de la energía nuclear, y los también profesores Batuecas, Ibarz y Fernández Alonso completaron la información, apuntando la revolucionaria trascendencia de los experimentos en curso. El doctor Pérez Modrego estudió la aplicación de la energía nuclear a la medicina, y en una extensa intervención, que tuvo literalmente en suspenso al auditorio, explicó las posibilidades exploratorias y terapéuticas derivadas del empleo, con fines médicos, de esa energía.

A continuación se proyectaron películas documentales sobre la estructura del átomo, la transmutación artificial de los átomos, el

uso de isótopos radiactivos en la agricultura, la industria y la medicina.

Míster Reid cerró las conversaciones, felicitándose de los buenos resultados obtenidos en cuanto al intercambio de ideas y puntos de vista y al interés demostrado por los concurrentes en discutir los asuntos del temario con el mejor deseo de contribuir en alguna medida a precisar las cuestiones estudiadas.

R. C.

ALFONSO REYES Y SU *VISION DE ANAHUAC (1519)*

Encontramos en Hispanoamérica con frecuencia a hombres que poseen un raro saber clásico; hombres de cultura alquitarada, nueva y actual, pero con regusto de siglos, sólo posible gracias a un esfuerzo y a una tradición continuada de amor intelectual. Las obras de estos hombres, aparte de su valor cultural inmediato—el puesto que ocupan en el avance de nuestra cultura, los problemas que suscitan o resuelven—tienen un valor perenne de cultura lograda, posada y—¿por qué no?—de fiesta del espíritu. Quizá en España—siempre en la brecha—no hemos tenido tiempo bastante para reposarnos en la gran serenidad de la obra jugosa y ponderada, y esto a pesar de que entre nosotros vivió—y ya sabemos cómo vivió—el poeta fray Luis de León.

Hace unos días, al abrir el libro *Las corrientes literarias en la América Hispánica,* de Pedro Henríquez Ureña, en la edición castellana del Fondo de Cultura Económica, vi la espléndida fotografía de P. H. U., allí colocada como homenaje del editor: nobleza intelectual, simpatía; pero, sobre todo, rasgos inconfundibles de indio, o más bien de mestizo, que no desmiente su linaje. Después, la prosa tiene sabor ático o, quizá mejor, humanista: buen augurio.

No sé cuál será el aspecto físico de Alfonso Reyes, pero su prosa tiene el mismo grato sabor de humanista clásico. Así, en efecto, con Italia y el Renacimiento se inicia este extraordinario librito *Visión de Anáhuac (1519).* (Pero antes, en función previa de avisador, Alfonso Reyes nos suspende con un gran gesto aforístico: "Viajero: has llegado a la región más transparente del aire".)

Visión de Anáhuac es un libro estático: colección de viñetas evocadoras del Méjico de 1519, cuando se presenta el conquistador

blanco, que tan radicalmente había de cambiar el destino del país.

La primera viñeta describe el país tomando como fuente el libro *Delle Navigationi et Viaggi,* de Giovanni Battista Ramusio, publicado en Venecia en 1550. Con su fina sensibilidad, Alfonso Reyes nos describe las estampas de este libro: "Vense pasos de la vida africana, bajo la tradicional palmera y junto al cono pajizo de la choza, siempre humeante; hombres y fieras de otros climas, minuciosos panoramas, plantas exóticas y soñadas islas. Y en las costas de la Nueva Francia, grupos de naturales entregados a los usos de la caza y la pesquería, al baile o a la edificación de ciudades. Una imaginación como la de Stevenson, capaz de soñar *La isla del Tesoro* ante una cartografía infantil, hubiera tramado, sobre las estampas del Ramusio, mil y un regocijos para nuestros días nublados. Finalmente, las estampas describen la vegetación de Anáhuac." En suculenta prosa—nunca mejor el adjetivo—, Alfonso Reyes va enumerando—engarzando—las plantas típicas de Méjico. Todo ello animado de vida y de sabiduría vital, que a veces alcanza plásticos efectos: "En la tierra salitrosa y hostil, destacadas profundamente, erizan sus garfios las garras vegetales, defendiéndose de la seca." No sé por qué esta prosa exuberante se hermana con la de *La lámpara maravillosa,* de Valle-Inclán: ambos libros son rigurosamente coetáneos. (Y también con los apartes descriptivos de *Tirano Banderas,* obra posterior.)

Viene después un intermedio, leve censura, sobre la desecación del valle. Y a continuación una lección de paisajística americana: "Nuestra Naturaleza tiene dos aspectos opuestos. Uno, la cantada selva virgen de América, apenas merece describirse." (No obstante, Alfonso Reyes lo hace, y magníficamente.) "Lo nuestro, lo de Anáhuac, es cosa mejor y más tónica. Al menos para los que gusten de tener a toda hora alerta la voluntad y el pensamiento claro." Por eso ha dicho antes que se trata de "una Castilla americana más alta que la de ellos, más armoniosa, menos agria seguramente". Pero ya llegan a la ciudad los hombres de Cortés: "Hasta ellos, en algún oscuro rito sangriento, llegaba, ululando, la queja de la chirimía y, multiplicado en el eco, el latido del salvaje tambor."

Es la segunda viñeta, vista por los ojos asombrados de Bernal Díaz, de Cortés y sus compañeros: "Oyense unos dulces chasquidos; fluyen las vocales, y las consonantes tienden a licuarse. La charla es una canturía gustosa. Esas *xés,* esas *tlés,* esas *chés* que tanto nos alarman escritas, escurren de los labios del indio con una suavidad de aguamiel." (Obsérvese la soberbia calidad de esta prosa.) La ciudad: templo, mercado y palacio del emperador. "El

emperador es aficionado a la caza; sus cetreros pueden tomar cualquier ave a ojeo, según es fama; en tumulto, sus monteros acosan a las fieras vivas. Mas su pasatiempo favorito es la caza de altanería: de garzas, milanos, cuervos y picazas" ... "Cuatro veces el conquistador anónimo intentó recorrer los palacios de Moctezuma; cuatro veces renunció, fatigado."

Después viene un ensayo de interpretación del alma indígena a través de sus manifestaciones, y una especie de breve antología de lo poco que se ha conservado—o reconstruído—de la poesía indígena, que tomada por obra hecha para honrar a los demonios fué silenciada por el conquistador, hasta hacerla desaparecer. *("Me reconcentro a meditar profundamente dónde poder recoger algunas bellas y fragantes flores" ... "Al pasar oigo como si verdaderamente las rocas respondieran a los dulces cantos de las flores" ... "El dolor llena mi alma al recordar en dónde yo, el cantor, vi el sitio florido...".)*

Tras esta poesía de la Naturaleza, Alfonso Reyes escribe su fe: "... nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fragosa; esfuerzo que es la base bruta de la Historia. Nos une también la comunidad, mucho más profunda, de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural."

Este librito, fechado en Madrid en 1915, muestra una envidiable madurez del alma mejicana. Ha conocido cuatro ediciones: San José de Costa Rica, 1917; Madrid, 1923; Méjico, 1944; la cuarta, de "El Colegio de Méjico" (Méjico, 1953), bien merecía un comentario.

ALBERTO GIL NOVALES

UN CATOLICO VA AL CINE

Con dos citas—procedentes de campos opuestos, pero sumamente significativas las dos—se abre este libro de José María Pérez Lozano (1). Una es de Lenin: "Si queréis cambiar la manera de pensar del mundo lo debéis hacer por medio del teatro y del cine." La segunda cita es de Pío XII: "El cine va a llegar a ser el más

(1) José María Pérez Lozano: *Un católico va al cine.* Colección Remanso. Juan Flors, editor. Barcelona, 1956.

grande y más eficaz medio de influencia ideológica, más aún que la misma prensa." Este pórtico nos indica que su autor desea enfrentarse seriamente con el tema cinematográfico. Y una lectura atenta del libro nos convence de que ha conseguido—nada más y nada menos—inquietarnos en torno al cine. Pero estas líneas no van a ser de crítica, sino de recensión, por lo cual dejamos los juicios a un lado para ofrecer al lector unos cuantos aspectos de la obra, en plena línea de actuación eficaz del editor Juan Flors, de Barcelona.

Ante todo, Pérez Lozano señala y prueba la influencia extraordinaria del cine en los hombres y las mujeres de todo el mundo. Las cifras son conocidas de todos y no vale la pena repetirlas. Lo que sí importa subrayar es la clara consecuencia de este poder del cine: una necesidad de convertirlo en instrumento para el bien. Quedan desechadas, pues, todas las posturas de avestruz—más numerosas de lo que pudiera creerse—, según las cuales el cine es algo tan horrendo y tan envilecido que no merece ocuparse de él. No pensemos—dice Pérez Lozano—en una oposición al cine porque haya servido con frecuencia a causas condenables. Esta, insisto, me parece una postura inteligente y de signo positivo.

Pero es que, además—y el autor así lo estudia, detalladamente—el cine tiene la doble y espléndida categoría de ser testimonio humano y testimonio de Dios. Como testimonio humano, cualquiera de nosotros podría citar en seguida media docena de películas-testigo que no olvidará jamás. Como testimonio de Dios, debe tenerse en cuenta que la religión no es una cosa aparte en la vida, y que, por tanto, cualquier película de cualquier género puede y debe tener un sentido religioso, una concepción espiritual de la vida. Y al llegar a esta altura de su estudio, Pérez Lozano entra en un tema que confiere a este libro un valor muy considerable, al esquematizar con gran sencillez la postura que, en el orden de la sensibilidad y en el orden del tiempo, han mantenido los católicos ante el cine. Cronológicamente, Pérez Lozano la establece en cinco fases:

1.ª Indiferencia ante el nacimiento y primera expansión del cine.

2.ª El cine es un instrumento del demonio. Es malo en sí. Hay que luchar por destruirlo.

3.ª El cine es algo ya tan extendido, tan importante, que hay que aceptarlo aunque sea de mala gana. No cabe pensar en su destrucción, pero procuraremos abstenernos de él. En las proyecciones no encontraremos provecho alguno y sí serios riesgos.

4.ª Sin duda, el cine es el mayor espectáculo de nuestro siglo. Estudiémoslo. Acerquémonos a él, pero un poco temerosamente. Manejamos "líquidos inflamables". Establezcamos una censura, fruto lógico de toda una postura de cautela, negativa, de paso a nivel.

5.ª El cine es de Dios. No podemos conformarnos con raquíticas posturas negativas, de clasificaciones morales, de discos rojos. Vayamos a la conquista del cine para Dios; hagamos de él un instrumento del bien. Que sirva para elevar a los hombres, para distraerlos con limpieza, para entretenerlos con alegría; pero, sobre todo, para ejercitarlos profundamente en el noble y olvidado arte de pensar. Para que sirva de vehículo a la caridad, y de contenido a la emoción, y de grito para los hombres dormidos en la apacible siesta del mundo.

Esta ha sido—concluye Pérez Lozano—la marcha ascendente. Hoy, afortunadamente, los católicos del mundo parecen decidirse claramente hacia la última posición. Pero sigue habiendo entre nosotros hombres encasillados en las primitivas posturas: la de la ignorancia del cine o la de su terminante condena. Hombres de reacciones lentas, retrógrados, que no están viendo la brillante lección de modernidad de los Papas, que se niegan a ir al vivo paso de la Iglesia.

Otro aspecto de sumo interés en este libro es el que se refiere a la influencia del cine sobre los jóvenes. Hay encuestas y estadísticas realmente estremecedoras. En 505 películas examinadas, por ejemplo, el autor ha encontrado 100 asesinatos, 91 suicidios, 103 adulterios, 38 seducciones, 352 robos, 43 fraudes y 827 inmoralidades y delitos graves. Y así podrían citarse otros síntomas.

Quedan otros muchos temas sugestivos, pero no es posible en una nota aludir a todos ellos. Sobre la censura, sobre el sistema de "lotes" de las casas distribuidoras, etc., etc., se exponen informaciones de interés y se formulan opiniones y sugerencias. La consecuencia que se adivina a través de toda la obra es, como lo advertimos al principio, muy simple: los hombres de bien deben acercarse al cine para tratar de convertirlo en un instrumento beneficioso. Esta es la gran paradoja del gran arte de todos los tiempos—termina diciendo Pérez Lozano—: que la mentira del cine puede transformarse en una verdad. En una verdad que nos haga libres.

Varios interesantes apéndices completan el valor de este libro: el *Manifiesto de las siete artes,* de Canudo; el *Código Hays;* dos

luminosos y completísimos discursos de Pío XII sobre las características del *film* ideal y una bibliografía sobre temas cinematográficos.

MANUEL CALVO HERNANDO

LENGUA Y ESTILO EN EL *FACUNDO*

A partir de 1943, el nombre de Emilio Carilla empieza a circular, en el mundo hispanoamericano, unido a títulos de libros o folletos de investigación literaria. Desgraciadamente, en España han llegado pocas obras suyas, y los críticos de aquí, salvo las excepciones de costumbre, parecen desconocerlas.

Como adelanto—suponemos—de un trabajo más extenso, Carilla ha publicado ahora la conferencia pronunciada en la cátedra sarmientina de la Sociedad Sarmiento, de Tucumán, el 30 de septiembre de 1954. El éxito de Sarmiento como hombre político ha influído en el juicio de *Facundo*. Y ello, con indudable razón: Sarmiento buscaba en la literatura un medio, valiosísimo, para actuar sobre sus compatriotas. Así, la novela refleja, con transparencia, el espíritu militante, el carácter impetuoso del político, y no deforma, por motivos de signo estético, un retrato bien conocido. El lector argentino, al enfrentarse con *Facundo*, no puede prescindir de su familiaridad con la historia externa de Sarmiento. (Esto sucede con la mayoría de los escritores hispanoamericanos del XIX y del XX, mezclados en las luchas partidistas de su época, y que hicieron de la pluma arma de combate.)

El estudio estilístico, si confirma los rasgos fundamentales ya sabidos, permite calar hondo en la estructura de la obra literaria y descubrir detalles olvidados y la conciencia de escritor del artista. Carilla considera a *Facundo* como un todo; los dos extensos capítulos sobre el gobierno de Rosas no constituyen un elemento pegadizo: explican a Rosas por medio de Quiroga. El ambiente condiciona la acción del personaje—el dramatismo llega al punto máximo en Barranca Yaco—de acuerdo con las teorías muy de moda por aquellos años; pensamientos ajenos entran en el libro, pero sin desfigurar los propios. Dedica Carilla varias páginas al estudio de los recursos afectivos en Sarmiento. *Facundo* empieza con "la prosa de un texto de geografía"; pronto el estilo frío se colorea

y enardece: pleonasmos, interrogaciones y exclamaciones encrespan el tono; el diálogo con el público rompe la monotonía del relato; aumentativos, polisíndeton y elipsis confirman el ímpetu del estilo. Afluyen al vocabulario palabras nuevas (conviven con los arcaísmos) y el ritmo narrativo cambia una y otra vez.

Al margen de la verdad de su tesis, Carilla resalta los aciertos parciales en descripciones—pampa, caudillo, juez de paz—y la influencia del romanticismo en algunos rasgos de estilo—período amplio, abundante adjetivación—; la parquedad extrema de varios párrafos; repetición de formas encíclicas—defecto frecuente en la novela—... Carilla echa de menos una edición crítica del *Facundo;* nadie más indicado que él para realizarla y completar su estudio.

A. CARBALLO PICAZO

BAROJA Y SUS CUENTOS

En 1900, al comenzar el nuevo siglo, Pío Baroja decidió colgar su carrera de médico, que ejercía en el pueblecito guipuzcoano de Cestona, y establecerse en Madrid, al frente de una panadería. En aquel pueblo, en horas de aburrimiento y de ocio, el joven médico había emborronado muchas cuartillas con breves relatos e impresiones de su contacto con las gentes y el mundo. Con una treintena de esos relatos, ya instalado en Madrid y al frente de su tahona, formó Baroja un librito, que decidió editar por su cuenta. Este librito, el primero de los publicados por Baroja, apareció el mismo año 1900, en una edición de 500 ejemplares, que costó a su autor 500 pesetas, y de los que la mitad, en vista de que no se vendían, fueron poco a poco condenados al fuego por el aspirante a escritor. Del libro, cuyo título era *Vidas sombrías,* se ocupó poco la crítica de entonces. Baroja recuerda en sus *Memorias* que hablaron de él Unamuno, Pedro Corominas y Eduardo Marquina. *Azorín* escribió una carta de elogio al novel autor, y esta carta fué el comienzo de una amistad personal y literaria que iba a durar más de medio siglo.

A los cincuenta y seis años de publicado este primer libro de Baroja, *Vidas sombrías,* un editor madrileño, Afrodisio Aguado, ha tenido la idea de lanzar una nueva edición de aquel olvidado volu-

men, como homenaje—son sus palabras—"a la gloriosa y fecunda ancianidad del más universal de nuestros novelistas actuales". La edición es bonita, y se enriquece con un sabroso prólogo autobiográfico del mismo don Pío, en el que recuerda los comienzos de su carrera literaria, y con la página crítica que dedicó al libro Unamuno, cuando fué publicado. Unamuno supo ver en estos primeros cuentos de Baroja influencia de Poe y de Dostoyevski. Hoy sabemos por las *Memorias* de don Pío que esos autores, junto con Dickens, Balzac, Tolstoi, Stendhal y Nietzsche, formaban el cuadro de sus intensas lecturas extranjeras de aquellos años.

¿Qué impresión causan al lector actual estos primeros cuentos barojianos? Yo confieso que los he leído con más curiosidad que placer, aunque algunos, como *Mari Belcha, Los panaderos, Medium, El trasgo, La venta* y algún otro conservan aún su frescura y vigor, ese inconfundible sello barojiano, mezcla de tristeza y desengaño y de amor por la vida, sobre un fondo casi siempre sombrío. Pero otros cuentos no llegan a serlo; son más bien esbozos de cuentos o vagas impresiones de ambientes y tipos humanos. Y en algunos pesa bastante la época en que fueron escritos, cierta filosofía nihilista que hoy nos parece algo trasnochada.

J. L. CANO

EL JARAMA, DE RAFAEL SANCHEZ FERLOSIO

Recuerdo una noche de hace dos años, casi en las afueras de Madrid, con las ventanas del café y la conversación abiertas hacia las arboledas oscuras del Parque del Oeste, en que el poeta José Hierro y yo intentamos concretar en palabras la relación mejor y más vigente que entiendo puede existir entre novela y poesía. Su enunciado, dicho sea con intención experimental y no de dogma —puesto que los términos "dogma" y "creación" no parecen avenirse poco ni mucho—, era aproximadamente: "Novela es también poesía, *a la larga.*" Pero no se puede lucubrar de un modo inmediatamente poético, subjetivo y gratuito, escribiendo en prosa. El concepto *poesía en prosa* sí resulta aceptable, en cuanto empieza por detallar que aquello se trata, antes que nada, de poesía. *(Platero y yo,* de Juan Ramón Jiménez, o *El contenido del corazón,* de Luis Rosales, son libros de sola poesía, sino que escritos en prosa.)

El de *prosa poética*, en cambio, se nos antoja un concepto incongruente, en cuanto se interfiere la eficacia de la prosa protagonista con las propiedades mágicas, ultrarreales, propias de la expresión poética. La buena prosa, sin embargo, por un movimiento automático, desplaza *a la larga* la emoción de poesía en el lector. Lo implica todo, en su fundamento mismo, por natural y tácito atributo. *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio, el libro que obtuvo el último Nadal, es netamente un libro de prosa pura, ajeno a perifollos y vaguedades líricas, que mueve y desplaza una gran cantidad de poesía. Por una razón casual de previa familiaridad con la obra, gozo o padezco hoy, frente a *El Jarama*, de una muy relativa capacidad de juicio. Pero no he visto en vivo, sobre la marcha, una voluntad de hacer prosa pura, una intensidad de intención y una enconada dedicación a lograrlo (1), como las de Rafael Sánchez Ferlosio en su libro.

UN RÍO Y UNA GENTE

Tiende *El Jarama* a sustanciar nada más y nada menos que eso. Un río humilde (es decir, un trozo de río humilde) una humilde gente. Con absoluta y premeditada dejación de todas otras posibilidades latentes en el tema, mediante una trabajadísima táctica de renuncia a cuanto no se dirigiese expresamente a ello, Rafael Sánchez Ferlosio ha querido pintar, y ha pintado, en *El Jarama* un vasto cuadro de costumbres, el ceñido ámbito de un paisaje y una gente modestos. A la desmenuzada veracidad de las figuras y los fondos ha sacrificado el escritor toda ampliación temática, toda vía de ensanche. La novela es como un *flash* que durase un domingo en vez de un segundo, reflejando con minuciosidad agotadora, con paciencia exhaustiva, el momento histórico de un determinado sector social madrileño, sito en unas circunstancias particulares—domingo de verano en el río—, pero no por ello más desasido de su franciscana y enteca realidad de cada día. La extraordinaria fidelidad con que ha sido captado el lenguaje de esta gente, la gran labor de arrastre supuesta por la espontánea tipificación de sus modales y actitudes, el penoso discurrir de los minutos novelísticos son fruto de una ambiciosa y celada deliberación, y revelan —en esto sí que no caben dudas—a un auténtico escritor, dueño y esclavo de sus propios valores, incalculables de momento, y feliz-

(1) Véase el artículo "Pequeña historia del Jarama", en *A B C*, de Madrid, del 21-III-56.

mente iniciado con el poético *Alfanhuí* (2) a un propuesto y extenso programa en puertas.

Desalentó a veces a Rafael Sánchez Ferlosio cuando *El Jarama* estaba empezando a tomar cuerpo definitivo y a respirar por su propia cuenta, lo mismo que le animaba a seguir su libro por la línea en que éste parecía configurarse, línea de renuncias, de encastillada limitación. Inquietaban concretamente a Rafael la escasez de interés funcional, la vulgaridad, la poca sustancia literaria de lo que hacen y, sobre todo, de lo que dicen las vivos personajes de *El Jarama.* O sea, y paradójicamente, aquello que constituye precisamente la entidad vital del libro, en cuanto se trataba de no hacer más que eso, de fumarse, hasta la última hebra, el triste "Ideales" de su fluvial y pobre día de fiesta. Creo que empezamos, en este punto, a tomar al toro por los cuernos. *El Jarama* es un buen libro porque es capaz de sostener, durante un tiempo, administrado hasta la fatiga, y en pugna con las cortas enjundias de un mundo de hombres y mujeres entrañables, pero, a todos luces, anodinos, un cuerpo literario sólido y macizo que se tiene en pie "a pesar de". En efecto, y aunque no se tarda en cobrarles cierto afecto, las gentes de *El Jarama* poco o nada tienen que decir, poco o nada dicen, poco o nada hacen que pueda atraer sobre sí la renovada atención del lector de novela. Y he aquí, sin embargo, que *El Jarama,* en su condición de acabada pieza literaria, es un hecho indudablemente vivo e interesante. Tan sólo en las páginas de ahogamiento de Lucita, allá por el último tercio del libro, y en algún que otro suceso secundario, sacude la acción de *El Jarama* su tedioso y ensimismado discurrir, pasa al plano de lo verdaderamente "narrativo". Con todo, o, mejor dicho, a pesar de todo, *El Jarama* se trata de un libro excelente. Precisamente porque acaso todo está en contra y el autor lo sabía y lo asumió, sale tan con bien y adelante *El Jarama,* obteniendo luego su entereza, por una unanimidad de votos primera en la historia de los fallos del Nadal, el célebre premio catalán de novela.

DESCRIPCIÓN, NARRACIÓN

Me declaro muy seriamente interesado, de algún tiempo a esta parte, por la novela y el cuento documentales, donde el mero y simple dato estadístico adquiere, por virtud de su simple veracidad,

(2) *Industrias y andanzas de Alfanhuí,* de Rafael Sánchez Ferlosio. Madrid, 1951.

una grandeza quizá residente en su propia y propuesta limitación. No es nuevo este tipo documental de escribir, ya se sabe; nace con la literatura y es acaso su raíz misma. Luego van acosándolo la depuración de los géneros, las exploraciones, superaciones y virtuosismos de los escritores, hasta que, en ciertos momentos de la historia literaria, llega casi a desaparecer. Pero, en verdad, no puede desaparecer. Supone el principio, el fundamento de la creación literaria, y hay siempre quienes corren a rehabilitarlo de un modo terminante, extremado. Quizá no sea ésta la intención de R. S. F. en *El Jarama*, pero sí cae el libro, con su sorprendente apuración del dato, con su magnetofonismo dialogal, en la zona de las piezas literarias más documentales que narrativas. Como afecto a la precisión, a la justeza descriptiva, diré que *El Jarama* es de calidad excepcional. La tarea de miniaturista de simples baratijas verbales, de tipos y situaciones de una enorme trivialidad, de que Rafael hace gala en su libro, me parece de una fuerza desusada. Asombra pensar hasta qué punto ha tenido que replegar—o retraer—el novelista su propio mundo personal para llegar a verterse, total y exhaustivamente, en lo que hacen y hablan los horteras, los bebedores, los módicos veraneantes del río humilde y del humilde tiempo. Lo impone así el tema, tal como R. S. F. lo vió, y el autor no podía ni debía sustraerse a ello. Pero he aquí que no somos menos afectos a la idea de que en la novela tienen que *pasar cosas*. Debe provocar la novela (y es una actitud de vuelta en la que cada vez se siente uno más afirmado) un sostenido interés, ajeno y aun indiferente—Baroja—a las cualidades estilísticas del libro. Si estas cualidades estilísticas existen, mejor que mejor. *El Jarama* las tiene, y en cantidades considerabilísimas, pero quizá a costa de su interés—*interés narrativo*, entendámoslo bien—, y el que, con todo, permanezca en pie, es buena prueba de su radical calidad; en cuanto a su *inacción*, también radical y novelísticamente grave, no se convierte en *inercia*, no llega a deshacer la obra, a minarla; las facultades del escritor quedan reafirmadas.

EL TIEMPO

Carente—o casi carente—de la medula activa, de las peripecias narrativas que constituyen un factor importante del contar, el curso del domingo en que transcurre toda la acción de *El Jarama* puede resultar, pues, un tanto fatigoso. Lo que realmente cuenta, sin embargo, es que es un tiempo perfectamente apresado y *dicho*. "Si una

novela logra capturar al tiempo, si es capaz de hacernos llegar la marcha del tiempo de su asunto, y acostumbrarnos e incorporarnos a ese tiempo hasta hacer sentirnos parte de él, en él comprometidos, inmersos, no puede ser mala novela o, al menos, no puede ser mal libro" (3). Cueste o no hacerse de él, el tiempo sabe de verdad a tiempo en *El Jarama*. Rafael Sánchez Ferlosio, que ama la pintura, que conoce bien la pintura y que la lleva siempre consigo, en su bagaje humano y literario, ha *pintado al tiempo* en su libro, con seguridad y pulcritud pacientes, y nos ha dado, en las gradaciones de la luz por el río, en la tierra, en los árboles, en los seres y su hablar no sólo la sensación de tiempo en su novela, sino también su significación emocionada. El tiempo de *El Jarama* está todo ligado a sí mismo, actuante y espléndido, redondo como una bola acabada, insignificante y entrañable en su rodar, como el propio y logrado mundo de la obra.

FERNANDO QUIÑONES

LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA DE TOYNBEE

Con la publicación de los cuatro últimos volúmenes de su *A Study of History*, el profesor Arnold J. Toynbee ha dado remate a su ambiciosa tarea, emprendida en 1927, de encontrar, tras un análisis "empírico" de las civilizaciones que coexisten hoy sobre la tierra y las ya desaparecidas, las posibles "leyes" de la Historia. Su Estudio estaba concebido en trece etapas, cuya sola enumeración da una idea de la vastedad de la obra realizada por Toynbee. (Introducción. El Origen de las Civilizaciones. Su crecimiento. Su crisis. Su desintegración. Los Estados Universales. Las Iglesias Universales. Las Edades Heroicas. Contactos de las Civilizaciones en el Espacio. Contactos en el tiempo. Ritmos de las Civilizaciones. Perspectivas de la Civilización Occidental. La inspiración de los historiadores.) Las primeras etapas de este plan fueron desarrolladas en los tres primeros volúmenes de la obra, publicados hace veinte años. Los puntos cuatro y cinco del programa fueron tratados en los volúmenes IV, V y VI, aparecidos cinco años más tarde, y los volúmenes VII al X (1954, octubre) completan el proyecto.

(3) F. Q.: *Tres ensayos ingenuos sobre novela.*

Más de cuatro millones de palabras dan muestra de la erudición del profesor Toynbee, de la inspiración de su estilo, de su penetración para interpretar hechos y, sobre todo, de su asombroso poder de síntesis. ¿Ha conseguido, sin embargo, su propósito esencial? La comparación "empírica" del origen, desarrollo, crisis y desintegración de las veintiuna civilizaciones que Toynbee encuentra en su búsqueda introductoria—treinta, si contamos las cinco civilizaciones "estancadas" y las cuatro "abortadas"—, ¿nos lleva al hallazgo incuestionable de las "leyes" del acontecer histórico?

Los cuatro últimos tomos del Estudio añaden, en verdad, poca cosa a lo que podemos llamar "filosofía de la historia" de Toynbee. Acentúan, sin embargo, ciertas tendencias interpretativas que ponen de manifiesto el fraude del pretendido "positivismo" del historiador y que descubren en Toynbee un metafísico de la Historia, casi un místico o un profeta, que hace de ella el ámbito donde la "Luz de Dios" se despliega a través de los "diferentes velos" de las religiones superiores, "una visión de Dios revelándose en la acción a los espíritus que le buscan sinceramente". El "empirista inglés" e "historiador occidental post-moderno"—son autocalificaciones del profesor Toynbee—, que rechazaba enérgicamente a Spengler por "trascendentalista alemán" y "filósofo hierofante", ha terminado convirtiéndose en un trascendentalista a ultranza que utiliza categorías mentales procedentes de la moral y de la religión para su interpretación de la Historia. Porque si un examen superficial de los primeros volúmenes de *A Study of History* sitúan a su autor cerca de un Auguste Comte, en los últimos es evidente la proximidad de Toynbee—a pesar de que algunos de ellos no son mencionados y otros sólo de pasada—a pensadores tales como Herder, Hegel, Spengler y, sobre todo, Vico.

La afirmación nuestra de que sólo un examen superficial de las primeras etapas del Estudio de Toynbee le colocan entre los positivistas requiere algunas consideraciones que la justifiquen. Tales consideraciones pueden hacerse, sin ir más lejos, sobre el mismo método que el profesor Toynbee emplea para reconocer y clasificar las civilizaciones. En efecto, el esquema obtenido al estudiar la desintegración del mundo helenístico, del Imperio romano, y el nacimiento del Occidente, con los tres ingredientes de Estado Universal, Iglesia Universal y *Völkerwanderung* es utilizado como marco previo por el que toda la realidad histórica es forzada a entrar, para quedar encajada en alguna de sus veintiuna civilizaciones. Este esquema de lo que Toynbee llama relación de "paternidad" y "filiación" entre las civilizaciones, discutible ya en algu-

nos de sus detalles al aplicarlo a la "paternidad" de la civilización grecorromana o helenística y la "filiación" de la civilización europea occidental, se hace francamente problemático en otros casos y obliga a retorcer los hechos y admitir por añadidura una serie de fenómenos extraños como los "fósiles", las "deformaciones", las "estratificaciones" y los "estancamientos". No siempre es evidente la existencia de un Estado Universal que es convertido por la religión de lo que el historiador británico llama "el proletariado interior" e invadido por sus bárbaros o "proletariado exterior".

Por otra parte, tal esquema previo coloca a las religiones en una posición central en la Historia, por lo cual no es de extrañar que en las conclusiones del Estudio se afirme que las civilizaciones existen para dar lugar al nacimiento y a la propagación de las religiones superiores. Además, el continuo uso de los mitos religiosos y literarios para la explicación de los fenómenos históricos es utilizado por Toynbee a lo largo de toda su obra.

En todo caso, sea o no sea rigurosa ciencia histórica *A Study of History*, se acepten más o menos de sus hipótesis, el colosal trabajo de Toynbee ocupará un puesto principal entre los libros de nuestro siglo.

FRANCISCO PÉREZ NAVARRO

¿POR QUE SOMOS POBRES?

El problema que siempre ha tenido planteado España y en general todo el mundo hispánico puede resumirse en una sola palabra: cultura. Por más vueltas que se le quiera dar al asunto, por muchas callejuelas en que se meta el que investigue los orígenes de los males endémicos de nuestro pueblo, siempre se llegará a un punto final único: la necesidad urgente que tenemos de arrojar de una vez para siempre el lastre del analfabetismo, que yace como peso muerto en el fondo del alma hispana. No es nueva esta afirmación y yo diría que, de puro vieja, se ha convertido en tópico y como tal anda de un lado para otro, manoseada y sin significación alguna. De cuando en cuando alguien la repite y levanta una leve reacción que culmina en la acción de emprender una modesta tarea con el fin de airear un poco media docena de pobres mentes embrutecidas por la ignorancia. Es cierto que se han conseguido ciertos avances, pero ¿es eso todo?

Manuela Gallardo y Gómez acaba de publicar un libro, cuyo título es el mismo que encabeza esta nota, al que, más que la palabra "libro" conviene la de grito; grito de alerta de una voz que no se resigna y nos habla a todos del problema que ya conocemos de antiguo, pero sobre el que pasamos alegremente, sin detenernos a considerarlo, como si se tratara de algo que no nos incumbe.

Es verdad que a pocos españoles les gusta España. No hay quien supere al español en su olímpico desdén por las cosas de su patria, ni tampoco hay quien le aventaje en su indiferencia por encontrar soluciones a los problemas y males contra los que tan enérgicamente protesta. Manuela Gallardo intenta, por el contrario, investigar las causas de lo que podríamos llamar atraso, miseria, pobreza y buscarles una solución definitiva.

Y la conclusión a que llega es la misma que todos conocemos, pero que revaloriza, que pone al día, libre de adornos y telones. La causa de la pobreza de nuestro pueblo—viene a decir la autora—es simplemente el analfabetismo, la ignorancia más supina que alcanza a la mayoría de la población del país. El español no es inferior en calidades humanas a ningún otro pueblo de la tierra. Es como una buena semilla que exige ciertos cuidados y una preparación adecuada para que llegue a germinar y dar fruto. Sólo la falta de organización, la ausencia de capacitación preliminar hacen que mantengamos un nivel de vida considerablemente inferior al de otras naciones de recursos más limitados que los nuestros. Hace una exposición interesante de la organización escolar de los países nórdicos, en los que se ha llegado a un alto nivel medio, gracias a la preparación meticulosa de la población. Concretamente, de Holanda, dice: "Si hay un país cuya vida depende de la Escuela, ese país es Holanda. Si se suprimieran los Centros de Enseñanza de los Países Bajos o simplemente se abandonaran, Holanda sería la tierra más pobre del globo y sus habitantes los más míseros del universo." Luego pasa a analizar la situación del campesino, del obrero español, abandonado a sus propios medios, sin otro aprendizaje que el que penosamente adquiere a costa de innumerables ensayos en los que derrocha una increíble cantidad de energías que, de existir Escuelas de Capacitación, se podrían aprovechar íntegramente. También el panorama intelectual es descorazonador, pero "¿cómo le vamos a exigir a un ignorante que estime y cuide las obras de arte, cuyo valor completamente desconoce? ¿Cómo le vamos a pedir que respete las Universidades, los centros difusores de la enseñanza, que él nunca visitó ni sabe para qué sirven? ¿Cómo le vamos

a exigir que siga las normas de una moral y de una religión que nadie se molestó en inculcarle?"

En todos los aspectos de la vida española se deja sentir la falta de escuela, de preparación de la masa. "Y la culpa es nuestra—dice Manuela Gallardo—. No podemos seguir dejando abandonados, improductivos, nuestros ingenios, para lamentarnos a continuación de nuestra miseria; como si para desterrarla no existieran medios y procedimientos seguros e infalibles.

Estos medios giran alrededor de una campaña enérgica para desterrar el analfabetismo. Es necesario educar a la gente casi a la fuerza, como se administra a un enfermo rebelde la medicina que ha de sanarle. El Ministerio de Educación debe convertirse en Ministerio-Eje de la vida del país. Es necesario ampliar su radio de acción y sus medios que hoy son ridículamente insuficientes. La autora no duda en echar mano de las estadísticas para demostrar sus aseveraciones. Ninguna de sus afirmaciones es gratuita: el índice del analfabetismo, espantosamente arrollador, los presupuestos oficiales de los diversos Ministerios, las cifras de producción... todo está rigurosamente avalado, preciso, con datos contundentes. No es un libro con el que se pretende hacer literatura; el estilo es sencillo, convincente, y aunque a veces se resiente de un molesto tonillo pedagógico, es lo suficientemente claro y útil a los fines que se propone. La exposición es ordenada y metódica y ayuda mucho al lector la presencia de las tablas de estadísticas. Pero lo de más valor del libro es el aliento de sinceridad y buena voluntad que lo anima.

LUIS QUESADA

ACTUALIDAD CULTURAL ITALIANA

Entre los numerosos premios literarios italianos, el más importante, por su tradición y prestigio, es el premio Viareggio. Este año ha sido otorgado a cuatro escritores: Vasco Pratolini, por su novela *Metello;* Carlos Betocchi, por su tomo de poesías completas; Giovanni Russo, por su "ópera prima", titulada *Barones y campesinos,* y Eugenio Garin, por sus *Crónicas de filosofía italiana.* Nos

ocuparemos aquí de este último libro, escrito con cierta objetividad y abarcando medio siglo de esfuerzo filosófico italiano, porque nos ofrece el pretexto de pasar revista a un importantísimo fragmento de la cultura europea. El libro de Garin, es, además, interesante, en la medida en que no deja un solo momento de relacionar la evolución de las ideas con la de los hechos políticos y de ofrecernos una imagen viva de aquellos años en los que se formaron, juntos, el idealismo historicista de Croce, el actualismo de Gentile, el futurismo de Marinetti, el pragmatismo y luego el catolicismo de Papini, el fascismo, y todas las corrientes y movimientos que brotaron en Italia en estos brillantes, profundos y trágicos cincuenta años de vida italiana.

Las dos figuras que emergen en medio de hombres e ideas son las de Benedetto Croce y Giovanni Gentile. Uno de los defectos del libro es, sin duda, el de otorgar a Croce una importancia que no ha tenido, o que, aun teniéndola, no ha sido siempre benéfica para las letras y el pensamiento italianos. Al mismo tiempo, el pensamiento de Gentile, cuya influencia en el desarrollo actual de la filosofía, hasta en la corriente neoespiritualista, fué de primera magnitud, aparece como menos importante. Como se ve, el libro de Garin, a pesar de sus calidades y de su permanente e íntima relación con el tiempo que abarca, no agota ni concluye la polémica en torno a Croce. En un libro publicado hace años, Miguel Federico Sciacca escribía lo siguiente sobre Croce, que había sido su profesor en la Universidad de Nápoles: "La lectura de las obras filosóficas de Croce, con excepción de la *Estética*, fué una verdadera desilusión. Estudiaba al mismo tiempo la *Lógica*, de Hegel, y, al compararlas, la *Lógica*, de Croce, me parecía la obra de un *dilettante*. Pero lo que más me chocaba era el aplomo con que el autor trataba problemas graves y complejos. Directamente repugnante me pareció la *Filosofía de la práctica*, con la excepción de alguna página. El sujeto de la moral, la persona humana, es allí negado en pleno. Desde entonces me di cuenta de sus notables méritos con respecto al problema de la metodología de la cultura, pero también de la mediocridad del *filósofo* Croce."

En un artículo publicado recientemente en una revista italiana, encontramos el siguiente comentario acerca de la misma polémica que hoy coloca frente a frente la obra de Croce y la de Gentile, y que, antes de la guerra, estaba conducida por los dos filósofos, cuyo largo y duro combate animó casi todo el período que Garin estudia en su libro: "El juicio final—escribe el comentarista—no parece dudoso: Croce y Gentile están ambos mezclados con la

gran crisis. La diferencia entre los dos... es que Croce, verdadero señor de la tempestad, después de desencadenarla, la dominó; mientras Gentile fué arrollado por ella." Nuestro punto de vista es, sin embargo, distinto. Los dos filósofos fueron, según todas las apariencias, los que desencadenaron la revolución fascista. Croce, mediante su idealismo historicista; Gentile, mediante su actualismo. Los dos sacaban su esencia de la obra de los idealistas alemanes del siglo pasado: Hegel y Fichte, respectivamente. Nadie, pues, alabadores o detractores, se empeña en negar la parte que Croce y Gentile tuvieron en desencadenar y fundamentar ideológicamente el fascismo. Pero su actitud, tan diferente, no deja de impresionar, después de tantos años. Mientras Croce se retiraba de la lucha, después de haberla provocado, y esperó veinte años en Nápoles el momento para volver a proponer a los italianos un liberalismo envejecido, que el pueblo rechazó firmemente después de 1945, Gentile trató de dar a la tempestad un sentido, en lo posible, menos destructor. Su reforma de la enseñanza, su permanente participación en los altibajos históricos del fascismo, su muerte heroica, con la que supo pagar noblemente sus errores, lo transforman en una sombra mucho más respetable que la de Croce. En seguida, después de la última guerra, cuando Gentile había muerto, asesinado en su casa de Florencia por los que se pueden llamar, sin duda, *los asesinos del siglo,* Croce pareció apoderarse del destino de Italia y de su alma. Pero el embrujo duró poco. Italia no quiso seguir en su estela, y hoy aquella obra inmensa, que parecía eterna e invulnerable, se nos antoja de repente relegada a una polvorienta buhardilla, de donde la sacan a relucir de cuando en cuando, con ilimitada y falsa admiración, las manos de los pocos fieles que aún tiene, conmovidos más bien por el recuerdo del hombre que por el mensaje de su obra.

¡Cuán justas aparecen, ante esta ruina filosófica, las palabras que Garin dedica a Papini en el mismo libro! "Su itinerario, con sus errores de toda clase, con su cambio violento, desde una negación intransigente a una humilde aceptación, desde un revolucionarismo caótico a un extremo conservadurismo, su perenne descontento, su irritante oscilación son el espejo de una inquietud, que, a pesar de todo, no es menos significativa que otras aparentes certidumbres."

Centenares de nombres pululan en las *Crónicas* de Eugenio Garin, y sería imposible presentar aquí una imagen completa de esta obra verdaderamente exhaustiva. Lo que hemos querido poner

de relieve fué el eje alrededor del cual giran todas las corrientes de la filosofía italiana contemporánea, la cual, igual que la literatura, ha sido y sigue siendo, en Italia, una maestra de vida.

* * *

Cerca de la desembocadura del río Arno, no lejos de la ciudad de Pisa, alejados de cualquier aglomeración humana, se alzan el campanario y los antiguos muros de la iglesia de San Pedro a Grado. Ya desde el siglo XIII persistía la tradición de que aquel templo cristiano, edificado en pleno campo, marcaba el lugar en el que San Pedro había desembarcado en Italia. Allí había vivido durante todo un invierno y de allí se había dirigido hacia Roma, donde habría de ser sacrificado, con otros cristianos, en el circo de Nerón. Hasta hace algún tiempo, esta leyenda referente al lugar del desembarco del primero de los apóstoles carecía de fundamento científico, y sólo se pensaba que la iglesia de San Pedro a Grado había sido, probablemente, erigida encima de un antiguo oratorio.

Hasta que, en el año 1925, al párroco del lugar se le apareció San Pedro en un sueño y le ordenó excavar debajo de los muros de la iglesia para poner al descubierto lo que el santo llamaba "mi casa". Al día siguiente, el párroco, don Lucas, se fué a Pisa, contó su sueño al superintendente de las Artes, el cual, pocos días después, iniciaba las excavaciones. A metro y medio de profundidad, debajo de la iglesia, fueron encontrados los restos de un antiguo templo, los cuales dibujaban perfectamente el contorno de aquel edificio legendario al que hacían referencia las crónicas y los documentos de la Edad Media.

Las primeras hipótesis acerca de este descubrimiento fueron varias. Algunos arqueólogos sostuvieron que el antiguo templo era nada menos que el oratorio en el que había rezado San Pedro al pisar por primera vez tierra italiana; pero otros afirmaron que los primeros cristianos no solían reunirse y rezar en lugares como éstos, sino en las catacumbas. Por consiguiente, el edificio puesto a descubierto no podía ser más que un oratorio construído en el siglo III o IV para recordar el lugar donde, efectivamente, el primero de los apóstoles había desembarcado. Pero, entonces, el que quedaba mal era el párroco de San Pedro a Grado, visto que el santo había hablado en el sueño de "mi casa"; esto es, de una casa en la que él mismo había morado por algún tiempo. Don Lucas insistió, pues, ante los arqueólogos, los cuales siguieron ex-

cavando sin mucho entusiasmo. Hasta que un día, justo al lado de los muros de la antigua iglesia, aparecieron, perfectamente conservados, los muros de dos habitaciones, lo cual no dejaba lugar a dudas sobre el hecho de que, en efecto, la antigua iglesia databa sólo desde el siglo III o IV, pero que había sido construída exactamente sobre el lugar del *atrium* de la casa bajo cuyo techo había vivido el apóstol. Era precisamente en aquel *atrium* o antesala en el que los primeros cristianos de Italia se reunían para escuchar la palabra de Simón Pedro, recientemente llegado desde la Tierra Santa.

VINTILA HORIA